XXXIV Pregón del Costalero de Sevilla
Hermandad de San Esteban

Sevilla, 8 de Abril de 2014

Costalero, siempre por ti, costalero.

Pronunciado en la Casa-Palacio de Pilatos

por D. Javier Jaenes Pizarro

XXXIV
Pregón del Costalero de Sevilla

Pronunciado en la Casa-Palacio de Pilatos
por D. Javier Jaenes Pizarro

Hermandad de San Esteban

Sevilla, 8 de Abril de 2014

Costalero, siempre por ti, costalero.

Presentación del Pregonero por D. Manuel Navarro Palacios 3
Dedicatoria 8
Salutación y agradecimientos 11
Nuestra historia 13
Háblame del oficio, antiguo costalero 19
Costalero desde la cuna 27
El primer capataz 30
Benditos Encuentros 33
Diálogos con "Juncal" 39
Aspirante a costalero 42
La última chicotá 45

Edita

Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, María Santísima Madre de los Desamparados, San Juan de Ribera y Protomártir San Esteban.

Establecida canónicamente en la Iglesia de San Esteban.
Casa Hermandad: C/Juan de la Encina nº1
C.P. 41003 - Sevilla
Tfno 954 22 11 11
www.hermandadsanesteban.org

Depósito Legal: SE 1270-2010 (2014)

Autor Portada: Antonio Gavala y López de Soria

Imprime Cadeis Artes Gráficas 954 25 42 90

Simón de Cirene ayuda a llevar la Cruz a Nuestro Padre Jesús de las Penas
Ambas imágenes esculìdas por Antonio Illanes Rodríguez
Hermandad de San Roque

Foto: JM SIlva

DEDICATORIA.

A Simón de Cirene, "El Cirineo", que ayudó a Jesús a portar la Cruz, siendo el elegido para acompañar al Hijo de Dios en Su camino hasta el Calvario donde fue crucificado.

Simón, no existe mayor gloria para un costalero que el privilegiado sitio que ocupaste junto a Él.

Cuentan los Evangelios que venías de un duro día de faena en el campo acompañado por tus hijos, cuando el centurión romano te obligó a ayudar a Jesús a cargar con el Madero. Cuentan los Evangelios también, que en un principio no quisiste ayudarlo pues decías que no lo conocías de nada, que no tenías nada que ver con Jesús ni con los que lo seguían, pero la Divina Providencia quiso que fueses tú el elegido para compartir los últimos momentos del Mesías.

No eras consciente de la tarea encomendada, que lejos de ayudar a portar una simple cruz a un Ajusticiado, acompañaste a quien portaba la más pesada carga que solo Dios puede soportar: la Cruz donde el Inocente moriría cargando con nuestros pecados.

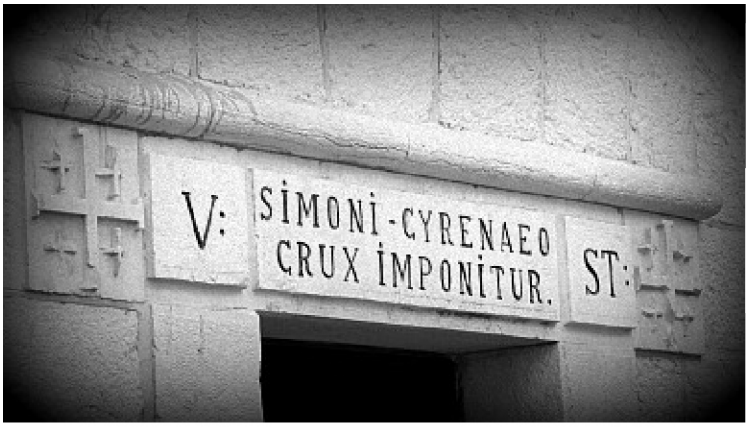
Jerusalén, dos mil años atrás, Dios hecho hombre, ensangrentado y dolorido, azotado una y otra vez por el injusto hombre, y tú Simón, a Su lado, ayudando a cargar el bendito Madero, sintiendo el dolor de quien sufre, sintiendo la compasión del Inocente a la vez que eres testigo de los crueles latigazos y golpes que sin razón hacen desplomar hasta por tres veces al suelo al Hijo de Dios.

Simón, -que seguro nos acompañas hoy junto a Jesús, pues como dijo el Maestro: "allí donde dos o más estéis en mi nombre habré de estar yo"-. Quédate con nosotros esta noche de Cuaresma pues somos costaleros de Sevilla que nos sentimos cirineos de Jesús y su Madre, herederos de una tradición que sin tú saberlo has inculcado en la Tierra de María Santísima, en una tierra de desbordante fe que renueva sus votos

con Cristo cada Cuaresma, que procura que no quede en el olvido aquello para lo que Jesús vino a nosotros y que aquí en Sevilla, te aseguro, no olvidamos ningún momento de la Pasión.

Que recordamos en la Plaza del Salvador, la Entrada en Jerusalén con vítores y palmas; en Montesión que Lo veneran orando en el Monte de los Olivos; recordando como Judas lo vendió con el amargo beso de la traición en la Plaza de la Redención; de cómo el Elegido como piedra donde se edificó nuestra Iglesia lo niega hasta tres veces y el gallo es testigo desde la calle Feria; que en Torreblanca lo protegen cautivo, con el fervor rebosante de la fe del barrio; en la calle Águilas, desde la ventana donde el alma de los viajeros infatigables de la fe renuevan sus votos, nos espera con humildad y recordamos a nuestro Rey de los Judíos burlado y coronado con las más crueles espinas; que la siempre deseada Paz de los hombres vigila desde el Porvenir prudentemente para que se le ponga con extremo cuidado la Cruz en el hombro, la misma Cruz que el pueblo gitano vigila celosamente desde su Santuario, que Martínez Montañés colocara en El Salvador, la misma que Juan de Mesa talló para el Gran Poder de Dios o que desde la calle Castilla dobla el cuerpo del siempre Nazareno de la O; que Triana siente la Pena que habrá de venir el Domingo de Ramos; en Los Terceros, donde conservan cuidadosamente las sogas y caballos que habrán de llevar los soldados romanos que elevarán verticalmente La Cruz; en Montserrat, donde nos recuerdan que a los arrepentidos, como el ladrón bueno, Jesús los llevará al Reino de los Cielos; Cachorro de vida que desde Utrera, Ruíz Gijón nos dejara a Dios hecho hombre expirando por nuestros pecados; en San Julián donde nos espera su Buena Muerte desde el azul y plata que La Magdalena contempla de rodillas; Bendito Cuerpo que José de Arimatea con Santa Marta traslada hasta la calle Alfonso XIII y que desde donde toda Sevilla, nos dirigimos hasta la más bendita reja de San Lorenzo en cuyo interior habita la Soledad de la Madre, hasta que la acompañamos a Santa Marina, donde triunfante resucita Cristo para mayor Gloria de Dios.

Déjame Simón, que sea yo hoy junto a ti, quien Le alivie a Jesús la Carga
quien agarre con fuerza la parte de atrás del Madero
porque hoy con mi costal, quiero partir contigo tu relevo
esta noche Simón, en la tierra de María Santísima, en Sevilla
tu y yo seremos: Hermanos Costaleros.



V estación Vía Crucis en la Vía Dolorosa de Jerusalén

SALUTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS.

Rvdo Sr. D. José Robles, Rector de la Iglesia de San Esteban Protomártir y Director espiritual de la Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, María Santísima Madre de los Desamparados y San Juan de Ribera.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de San Esteban.

Hermanos Mayores y representaciones de la Hermandad de la Soledad de San Lorenzo, Hiniesta, La O, Gran Poder y Hermandad de la Luz.

Representación del Ilustre Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla.

Presidentes del Consejo de Hermandades y Cofradías con sus representaciones de Sevilla, Utrera, Dos Hermanas, Marchena, Écija y Morón de la Frontera.

Excmo Sr. D. Ignacio de Medina Fernández de Córdoba, Duque de Segorbe.

Ilustrísimo Sr. Decano y compañeros abogados del Ilustre Colegio de Abogados de Sevilla.

Representación del Excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla.

Antiguos pregoneros, capataces y costaleros.

Queridos hermanos, familiares, señoras y señores.

Buenas noches a todos.

Recibir esas palabras de cariño de Don Manuel Navarro, compañero de profesión, gran cofrade y mejor persona a la vez que pregonero de la Semana Santa de Sevilla, se torna como el sentimiento de gratitud hacia el compañero costalero que te tira de la ropa justo antes de salir la cofradía, ese compañero fiel al que te encomiendas para que el costal te quede perfecto, sin arrugas y que te permita trabajar cómodo.

Muchísimas gracias Manolo, pues es todo un honor a la vez que una gran responsabilidad, coger tu relevo en este más que distinguido atril.

Estimados amigos, es mi deseo esta noche, poder levantar el faldón de un paso y que aquellos que jamás habéis sido costaleros podáis sentir lo que se vive debajo.

Y a los expertos costaleros y capataces, he intentado reflejar con mis experiencias adquiridas a lo largo de los años con los magníficos compañeros costaleros y muchos capataces que he tenido delante, lo que he sentido debajo y por fuera en los pasos. Espero que esta noche recordéis las chicotás inolvidables que habéis dado a lo largo de los años y soñéis con las muchas que os quedan por dar.

Ya suenan los tres golpes de martillo y hemos de acomodar el costal bajo la trabajadera en esta noche de Cuaresma para pregonar nuestro querido oficio.

Sean todos bienvenidos.

NUESTRA HISTORIA.

Unos grabados aparecidos en los archivos catedralicios son la única referencia de la existencia de costaleros en los albores del siglo del barroco. Siendo a partir del siglo XIX cuando tenemos testimonios de costaleros portando los pasos procesionales con sus respectivos capataces.

Poco sabemos de la técnica de los costaleros de la época ni de su organización, pero sí de cómo un capataz reformó lo existente hasta la época, pues sus reformas supondrían una auténtica revolución que contentó a todos los sectores cofrades de la época.

Este capataz, fue Rafael Franco Luque, quien con su cuadrilla de costaleros asalariados marcaría la diferencia. Un capataz que organizando a los hombres en lista y cuadrante y ordenados por alturas trabajadera por trabajadera, pues hasta esa fecha, los hombres se igualaban por altos, medianos y bajos, procurase un mejor reparto de pesos y dotara de dignidad al oficio consiguiendo un equilibrio perfecto entre el costalero y la hermandad.

Este capataz, apasionado del mundo del costal y ajeno al estrato social y económico del resto de capataces y costaleros, impondría la seriedad, empaque y la solemnidad propia de lo que se había de portar. Bajó los faldones de los pasos e impuso el silencio a los costaleros combinando la disciplina con la comprensión a las necesidades de los hombres. Sustituyó el vino blanco por agua en las cántaras de los "aguaores", impuso el traje negro entre los capataces e igualó a los hombres en el jornal a recibir, pues era norma habitual, que el capataz a su criterio, pagase a los hombres según el sitio donde se igualara, cobrando más los hombres de los costeros que los igualados en el centro del paso.

Fue el primer capataz que en combinación con los priostes diseñara, desde el modelo de parihuela más liviano y cómodo para el trabajo de los hombres, añadiendo trabajaderas si la parihuela lo permitía y eliminando zambranas, hasta dulcificar el andar de los pasos de palio

con suaves mecidas y chicotás proporcionadas. Famosas eran las disputas de Don Rafael Franco Luque con los mayordomos de las juntas de gobierno al incluir una trabajadera más en algunos pasos, pues lógicamente, la hermandad debía pagar cinco jornales más. Muchas eran las veces que el "Gran Capataz" pagaba a estos hombres de su propio bolsillo para repartir el peso entre más hombres y así aliviar a la cuadrilla.

Fue el primero en hacer pruebas reales de los pasos en Cuaresma para evitar imprevistos habituales de última hora, y en definitiva, facilitaba la organización a las hermandades que veían en su labor como capataz el fin a los habituales problemas inherentes a las cuadrillas de costaleros.

El primer año que reunió cuadrilla de costaleros fue contratado por la hermandad de la Mortaja y tal fue el impacto, la seriedad y compostura del recién estrenado capataz y el ejemplo modélico de comportamiento de los hombres de su cuadrilla, que al año siguiente fue contratado por el Gran Poder y la Amargura. Se situó al frente prácticamente de todos los martillos de Sevilla incluso sacando tres cofradías completas el mismo día, aportando seis cuadrillas completas de costaleros y un nutrido cuerpo de capataces auxiliares, destacándose como el indiscutible gran capataz deseado por hermandades y costaleros, estando más de cuarenta años cuidando a sus hombres chicotá tras chicotá.

Tomando como inicio la fecha de aparición del gran capataz al que Sevilla dedicara la calle más cercana a la Campana, y hasta el año 1973, donde se funda la primera cuadrilla de hermanos costaleros, se suceden en apenas 60 años un sinfín de luces y sombras que han perdurado hasta nuestros días.

Siendo la actividad laboral predominante en Sevilla las propias de carga y descarga en el muelle y la faena de campo de nuestra tierra o los tejares de Triana, no es extraño que fuera en el seno de dichas actividades donde se formaran las cuadrillas de costaleros asalariados. Como siempre, la necesidad se hacía presente en los más desfavorecidos, que, necesitados de un jornal extra, se veían en la obligación de cumplimentar su trabajo durante el año con sus funciones como costalero.

En aquellos años los capataces hacían de la taberna su cuartel general, allí debían ir los hombres a pedir trabajo y donde se igualaban las cuadrillas que habrían de portar los pasos.

Para conformar las cuadrillas, lógicamente el capataz buscaba los mejores peones, los más fuertes y comprometidos con el trabajo, hombres recios que eran capaces de trabajar por las mañanas en su duro quehacer diario y por las tardes noches en las cofradías. Y así durante una semana, pues cuando encerraban la cofradía, al día siguiente debían acudir a sus trabajos ordinarios para volver por la tarde a otra cofradía para la que hubieran sido contratados.

Tomando siempre en cuenta que el colectivo costalero pertenecía al estrato social más humilde y analfabeto, eran habituales muchísimas situaciones de engaño hacia los más desfavorecidos. Muy común era que al paso de la cofradía por determinado hogar de ilustre familia, fuesen premiados los hombres por hacer algún esfuerzo extra, bien aguantando el andar del paso mientras un saetero cantaba o una levantá a pulso, por el que la familia de bien daba algún dinerillo para el reparto entre los hombres. Más de un costalero, esperaba cual iluso su parte del ansiado botín ganado por esfuerzo, pues las limosnas, muchas eran las veces que quedaban en poder del capataz y no llegaban a sus destinatarios, pero la siempre obediencia y asegurar el pan de la familia era suficiente argumento para callar. Muy destacadas han sido también las destituciones de capataces por no guardar el decoro o el sentido de proporción de la cofradía en la calle, u otros muchos que no conseguían dosificar las fuerzas de sus hombres durante la semana y cuando llegaban al Viernes Santo, eran tantas las bajas de los hombres lesionados, que debían recurrir a otros capataces para que les cedieran costaleros y poder completar la Semana Santa, buscando lógicamente la hermandad un capataz nuevo para el año siguiente.

Pero cuando irrumpía un capataz como el anteriormente mencionado que respetaba a los costaleros, cuidaba a los hombres con chicotás bien medidas, los igualaba con paciencia y ajustando los cuerpos,

para “repartir bien la carne”, como se dice en el argot, y que además pagaba un poquito más que los demás, y repartía las limosnas extras, era el más demandado por los costaleros, que buscaban con ahínco pertenecer a la cuadrilla del buen capataz.

Sin duda, el afán de supervivencia de los costaleros asalariados los hacía despiertos y listos como ratones, pues de la técnica y dosificación en el trabajo los haría más resistentes para poder trabajar más días y poder llevar más dinero a casa.

Aquí es donde se va fraguando la historia reciente de los costaleros, que siendo conscientes que el trabajo en equipo los hará más resistentes para poder hacer la Semana Santa completa, también llamada en el argot “corría”, debajo de los pasos y así poder llevar a casa el jornal de una semana, se ven en la necesidad de depurar la técnica, instaurándose el sentimiento de igualdad debajo de los pasos, de ayuda de unos con otros levantando y arriando el paso todos por igual, en definitiva, trabajar sin aliviarse escondidos en el anonimato del paso.

Al fin y al cabo, la faena de los hombres de abajo sería la tarjeta de presentación del capataz para poder renovar contratos o ampliar con otras cofradías.

Capataces y costaleros se afanaban, de una parte los capataces en ser contratados por las cofradías más pudientes y consolidadas, y de otra parte los costaleros, en trabajar con un capataz que tuviese cofradías toda la semana para así asegurar el jornal todos los días de Semana Santa.

Afortunadamente, se consolidaban capataces que dignificaban el oficio enseñando a los hombres. Innovando andares para mayor lucimiento de los pasos, diseñando maniobras para sacar los pasos dejando de arrastrarlos en las salidas y entradas de puertas de iglesias imposibles. Dotando a las cuadrillas con nuevos andares racheados para portentosos Nazarenos de la madrugada, capataces con gran interés en innovar conocimientos técnicos, auténticos poetas del martillo capaces

de levantar el ánimo arengando a los fatigados costaleros cuando era necesario, y con un gran corazón que hace sus nombres inolvidables para las generaciones de costaleros que ansían capataces que sepan encontrar el equilibrio, que sepan dirigir los pasos y lo más importante: que sepan dirigir hombres, haciendo un grupo homogéneo y donde prevalezca el sentido de anonimato, humanidad, compañerismo y sobre todo, de sentido profundo del oficio para que ningún costalero se lastime.

Durante el año frecuentaban las citadas tabernas en busca de hueco los costaleros, que propiciaban entre sus familiares y amigos la oportunidad de ser presentados al capataz que habría de incluirlos en la lista.

Avispados eran los capataces que igualaban a hermanos con hermanos, primos y cualquier otra vinculación de la que tuviese conocimiento pues así se aseguraba que ninguno habría de aliviarse en el trabajo por ser todos familia.

El esfuerzo de los hombres, la afición de éstos con el cada vez mayor decoro y compostura del discurrir de los pasos, el grupo humano que cohesionado mantenía el contacto todo el año llegando a dejar un hueco sin rellenar cuando uno de los costaleros estaba enfermo y más tarde le llevaban el jornal a su casa, o incluso cuando fallecía un costalero y la cuadrilla decidía dejar el hueco libre y llevar el jornal de la semana a la viuda y los hijos, y en general la amistad y la unión en la dura faena, iba engrandeciendo la figura del esforzado costalero.

Los humildes costaleros de Sevilla, recibían favores de muchos hermanos cofrades de la época. Es reseñable el caso del médico hermano de los Negritos, que visitaba y curaba a todos los hijos de los costaleros sin cobrar nada a cambio. Quiso Dios que este médico falleciera pocos días antes de Semana Santa estando ya la Virgen bajo su Palio, y los costaleros le dieron el mejor y único homenaje que podían ofrecer: levantaron a pulso el palio de los Ángeles llevándolo hasta la puerta donde se encontraba el féretro del desprendido médico.

Otras muchas hermandades colaboraban igualmente bien en entregar ropa y medicinas a las familias de los costaleros o incluso con comida y prebendas extras del jornal de los hombres. Destacar a aquel ilustre hermano mayor de la Hermandad de la Estrella que pagaba la ropa a los hijos de los costaleros para que también pudieran estrenar el Domingo de Ramos al igual que los hijos de los más favorecidos.

Muchos jóvenes se acercaban al hermético mundo de los costaleros atraídos por todas estas razones y sobre todo, por realizar una estación de penitencia más cercana a Jesús, pues de vez en cuando, en las cuadrillas asalariadas participaba como costalero un hombre ajeno al estrato social y económico del grupo, llamado penitente o que venía de promesa.

Las hermandades, la mayoría inmersas en proyectos de caridad y de patrimonio gigantescos, con la consiguiente falta de dinero y otras razones de más calado, como la emigración y la mejora laboral y social que se experimentaba en la población de los años setenta, sumando las cada vez mayores exigencias de capataces y costaleros asalariados, ven en los jóvenes hermanos la oportunidad a un giro más que necesario.

Tras el ejemplo de la Hermandad de los Estudiantes, al mando de dos capataces que tiempo atrás fueron contraguías de capataces profesionales, Salvador Dorado y Manuel Santiago, y tras muchas horas de aleccionamiento a los hermanos costaleros, de ensayos y de pruebas reales de horas de recorrido, se decide que los hermanos costaleros sean quienes asuman la dura tarea de portar los pasos sustituyendo a los costaleros asalariados, pues entre otras razones, ven el vivero más que necesario para nutrir la hermandad de jóvenes, por lo que cofradía tras cofradía van haciendo sus cuadrillas de hermanos costaleros, destacando la hermandad de San Esteban que fue la primera en tener las dos cuadrillas, de Cristo y Palio completas de hermanos costaleros.

HÁBLAME DEL OFICIO, COSTALERO.

Háblame antiguo costalero,
háblame de aquellos años,
pero no de política ni de conflictos
sino de esfuerzo y sacrificio,
de técnica y temple,
de oficio.

Háblame antiguo costalero,
Cuéntame si es mejor levantar con los pies a la misma altura
o mejor con el derecho retrasado,
enséñame a mantener los riñones derechos
Al levantar y en la arriá del paso,
si llevo la ropa bien hecha y si ves que la faja está demasiado apretada.

Dime cómo me tengo que quedar con el paso arriba al levantar,
cómo fijar un costero cuando la calle tenga caída y
mis compañeros soporten los kilos del paso en la parte más baja de la calle,
si me tengo que poner de puntillas cuando note que entro en una bajada
y mis kilos los está cargando el compañero que llevo a mi lado
o tengo que aguantar la interminable espera de no llevar kilos en el cuello
y tengo que aguardar a que me llegue el trabajo otra vez sabiendo que
mi compañero los está cargando.

Cuéntame si tu también movías discretamente los gruesos faldones de
la Soledad de San Lorenzo buscando que entrase un poco de aire por el
costero el Sábado Santo con cinco o seis cofradías encima, o si lo hacías
con los del paso de Cristo de la Hiniesta buscando la sonrisa de las
guapas niñas sevillanas que estrenan ilusiones los Domingos de Ramos.

Dime, si al volver con el Palio de la Esperanza de Triana por el puente,
mirabas de reojo al río que mantenía vivo el jornal diario con el que
mantenías a tu familia cargando y descargando barcos.

Si al entrar en la Catedral, sentías el frío de su silencio,
si aprovechabas el más puro aire de Sevilla que se pueda respirar.
Si al salir por la puerta de Palos,
es donde se veían a los "hombres de verdad",
porque a los costaleros hay que verlos de Catedral para atrás,
y dime, sin sentir vergüenza ni pudor,
si alguna vez te pudo la pelea el paso doblándote las piernas.

Hoy, pienso en ti y en tu cuadrilla, en el terrible esfuerzo de llevar la cofradía de mármol a mármol, sin relevos, muchas veces al capricho de chicotás eternas y sin corazón del que fácilmente se olvida de tocar el martillo para bajar el paso, del que no soporta con su cuello el peso de los pasos, de las pesadas candelerías y respiraderos macizos, de las calles de adoquines que con tus pobres alpargatas de esparto habías de sortear los agujeros y charcos...

De las veces que tenías que echar los dos costeros a tierra por los cables y catenarias de los tranvías, de las dolorosas levantás a pulso. Háblame de la falta de horarios y de los costaleros que tenían que venir y no han venido dejando la trabajadera con uno menos.

Mi mente viaja a un Jueves Santo por la noche, paseo desde La Iglesia de la Anunciación camino de San Lorenzo y buscando en los portales cercanos a las iglesias, te encuentro tumbado en los zaguanes, descansando el jueves por la noche después de haber recogido Montesión para irte al palio del Calvario, cansado y abatido por la dura pelea de las cinco cofradías que llevas encima. Sin tiempo para asearte o descansar unas horas, con una simple talega de tela que tu mujer te ha preparado con una camisa limpia para la madrugada. Pero tus hijos esperan el jornal en aquellos duros años, pues al fin y al cabo, todo es para tus hijos, tu generosidad no tiene límites con quien habrás de mantener con el dinero de la "corría", dinero que muchas veces el capataz te adelantó durante el año, y que ahora tienes que devolver con sudor y la sangre de tu cuello, sangre que muchas eran las veces que traspasaba el costal llegando a la

morcilla por el cuello abierto de las cofradías que llevas encima. Me duele solo pensar las lágrimas de dolor que saldrían de tus humildes ojos cuando, casi sin enfriar el cuello, tenías que meterte otras nueve horas seguidas debajo de otro paso, las lágrimas que a base de cargar kilos evitabas que tus hijos derramaran llorando de hambre en esos años de fatigas y necesidades.

Mirando mi flamante costal recién planchado, imagino el tuyo de la manta vieja con la morcilla rellena de la lana que le has quitado al estrecho colchón que te recoge todas las noches, de la maltrecha faja de labor de campo que has rescatado para protegerte los riñones y meterte debajo del paso.

Qué orgullo y casta demostrabas cuando te remangabas los pantalones para que se te viesen los gemelos tensos y cargados, que no se dude de la hombría de la gente del muelle, demuéstrale a Sevilla que no te alivias y le dejas la carga a tu compañero, saca el pecho firme ante Jesús y los hombres que vemos que no te arrugas.

Siempre os tenemos en mente los hermanos costaleros de hoy, la ignorancia y analfabetismo han pasado de puntillas por la sociedad y afortunadamente, los costaleros estamos formados y preparados, por más que le pese a algunos capataces que han perdido el poder que antaño poseían, desprestigiando la tarea que los hermanos costaleros desempeñamos y quitando mérito a nuestra labor al compararnos con vosotros.

No entienden que venimos por otro jornal distinto al tuyo, que venimos a por el jornal del alma, el jornal que solo Jesús y Su Madre pueden darnos, el jornal que no se puede comprar ni pagar, pues la conciencia sigue siendo ajena a lo material y por largo que sea el día, al llegar la noche con las oraciones de agradecimiento, siempre hace acto de presencia para repasar el día transcurrido.

Hoy tenemos fe y la afición desbordante que hemos heredado de vosotros, tratamos de tener el oficio y entrega de antaño, pues muchos decíais que además de carga, existía la devoción, pues sin ambas era imposible llegar de vuelta hasta la iglesia.

Tras casi 40 años de hermanos costaleros, y tres generaciones desde entonces, ya podemos hacer el análisis de nuestra fe, si "los niños" de hace cuarenta años se portaron como hombres y si os podemos mirar con el orgullo del que lo da todo debajo del paso sin reservas.

"Los niños" de entonces ven ahora a sus hijos y hasta sus nietos bajo las trabajaderas. Algunos de los aquí presentes ya tienen a sus hijos bajo las mismas trabajaderas por las que ambos pasasteis, ¿verdad Siatelo? y cuando salen de casa camino de la Iglesia les dicen:

Hijo: haz honor al oficio
como yo lo hice con el duro hombre del muelle,
Hazte la ropa con tiempo y que no te queden arrugas.
Abrígate a la trabajadera con la cuna de tu morcilla.
Levanta fuerte sin ventaja y quédate arriba,
pero sin puntillazos crueles
que echan los kilos a los hermanos de la trasera.
Vas en el mismo zanco que llevó tu padre,
dile a tu fijador que se espigue un poquito,
que te aguante y fije bien el costero durante la salida,
que busque el trabajo y te de un poquito de ventaja
para que cuando escuches al capataz,
Que con precisión llama la derecha alante,
tengas el poderío y la sensación fresca para obedecerlo al milímetro.
Aférrate a tu fe y a tu costal, no rectifiques el trabajo,
no te muevas hasta que el capataz lo mande y muere ahí debajo,
que Sevilla te espera.

“Háblame del oficio, costalero...

“Costaleros desde la cuna...”

COSTALERO DESDE LA CUNA.

¡Este niño me tiene loca!. Dice la madre. El padre refunfuña: ¡No hay quien ponga otra cosa que videos de Semana Santa en la televisión cuando uno llega de trabajar!, y se busca al trasmisor culpable de la inexplicable afición, que suele ser un cuñado cofrade que siendo el niño casi un bebé, se dio cuenta que dejaba de llorar cuando le ponía el dvd de la Paz en Campana o incluso las marchas del Redención en el coche.

Difícil es explicar que si no te gusta de niño, difícilmente llegará a apasionarte el mundo del costal, y es que es prácticamente imposible buscar a un costalero que no jugase por los pasillos de su casa portando en su cabeza una caja de galletas con dos agujeros. Y si hablamos de costaleros nacidos en los años 70, vigilando día tras día si iba bajando el nivel de detergente del bombo redondo de "Colón" para recortarlo, hacerle dos agujeritos y con una guita hacernos un tambor para tocarlo con los lápices del colegio.

Éramos capaces de hacer al mismo tiempo el costalero, el capataz y el músico, tardando una eternidad en recorrer el pasillo, improvisada carrera oficial de la casa con el pasito lento de los inocentes pies de un niño.

Situación muy habitual en las casas donde habitan jóvenes costaleros, es un olor característico el primer ilusionante día de ensayo de Cuaresma. De repente, un incipiente olor a quemado recorre la casa. La madre, con el magnífico olfato más que desarrollado que sólo las madres tienen, empieza a percatarse de la situación y acude rauda al origen del olorcillo. Es entonces cuando descubre la novedosa situación del futuro costalero. El joven se sitúa perfectamente alineado delante de la tabla y plancha en mano, se dispone al ritual más importante del costalero: planchar su costal. Perfecto, sin arrugas...!!ah!!... ¡y sin agua en la plancha! De ahí el olor.

Una vez superado el primer escollo, y ya rellena la plancha de agua, sigue discutiendo con la madre que lo deje, que ella no entiende y que el costal es una cosa muy delicada. La madre, que es madre, lo deja planchar la primera cara del costal, y cuando de repente el costalero le da la vuelta, está completamente arrugado por la otra cara y esas arrugas ya no hay quien las quite, solucionando lógicamente el desaguisado la siempre salvadora madre.

La madre, con lágrimas en la cara, llegado el día de salida, y temerosa del oficio de su niño, plancha con esmero y sin arrugas el paño de pureza que habrá de llevar en el cuello. Conocedora de la firmeza y determinación de ser costalero, se resigna y plancha cuidadosamente el costal y faja aprovechando las lágrimas que van cayendo por sus mejillas, al tiempo que de sus labios entrecortados sale una plegaria y le pide a la Virgen que mire por su niño mientras lo observa al salir por la puerta. Reza, sabedora que su niño regresará hombre, cansado y abatido de la "pelea", pero con el sevillano orgullo y con la firma indiscutible en el cuello del amor a Cristo.

Madre, no te voy a pedir que no sufras.
Ni siquiera que intentes
No escuchar crujir el paso cuando lo reciba en el cuello.
No quiero que vengas a verme porque sé que vas a llorar,
pero piensa que hay otras madres
que perdieron a sus hijos en circunstancias terribles.
Madres que no podrán sufrir
viendo a sus hijos sentir el peso de la Fe bajo el paso.
Hoy los costaleros somos los hijos de todas las madres,
los nietos de todas las abuelas.
Porque, cuántas veces costalero no te dicen:
¡qué bien lo llevas hijo mío!
¡mi nieto también es costalero como tu!
Levanta fuerte conmigo hoy hermano,
levanta hasta el cielo por
aquellos costaleros que ya están en la cuadrilla eterna
y a sus Madres que ya no pueden plancharles el costal.
¿Habrá palabra más bonita que "Madre"?
Futura Madre que por mil circunstancias te planteas no tener a tu hijo,
no lo hagas que estamos para ayudarte,
¡por Dios! deja aquí otro costalero en Sevilla.
Échale coraje
Y que la terrible cofradía del aborto
se quede sin costaleros ni capataces.

EL PRIMER CAPATAZ.

Hoy quiero recordar la que probablemente sea la figura más importante para un costalero, y no es otra que su primer capataz.

Mirando atrás y buscando en el recuerdo, anhelo a mi primer capataz y mi primer paso, las primeras llamadas y las primeras chicotás.

Concentrado, inmerso en su mundo que ha preparado con el esmero propio del mejor artista, ni la talla de Ruíz Gijón o Martínez Montañés, ni los bordados de Ojeda ni los sones de Redención se podrían comparar al paso que con esmero ha preparado con la ayuda de sus mayores.

Espera atento las órdenes que ha de recibir de su capataz. Suenan los tres golpes de martillo, ya se huele la pesada carga y, de repente,... En el esperado momento..., se escucha una voz desde lo más profundo de la trabajadera, desde lo más íntimo del corazón del costalero, el lamento refleja la frustración del momento y totalmente desconsolado se escucha: ¡que no, abuelo!, ¡que así no es!.

A lo que el divertido abuelo le responde:

-A ver "Javierillo". Dime como es. ¡Que ya no me acuerdo!

Mientras disfruta de la rabieta del nieto costalero al tiempo que el crío se afana en aleccionar al improvisado capataz.

-Abuelo. Primero los tres golpes de martillo, después me llamas y yo contesto, "tos" por igual valientes, a esta es, otra vez el martillo y yo levanto....

Hay que decir que el abuelo-capataz nos hacía levantar el paso al primero que por allí pasaba, pues entre otras cosas, el abuelo disfrutaba enormemente mostrando la incipiente hombría del nieto a todo aquel que se cruzaba en su camino.

Abba, llamaba Jesús a su padre pues así se dice padre en Hebreo: Abba, cuando Jesús buscaba amparo y el consuelo al sentirse Solo.

Quiero pensar que abuelo proviene de abba, y allí buscamos el consuelo, pues si grande es el amor de los padres, dicen los abuelos ser igual o mayor el de los nietos.

Algunas personas deberían vivir por siempre, y entre ellas los abuelos, pero lamentablemente, Dios los llama antes que a nosotros, porque así debe ser.

Abuelo, mírame que sé que me estás viendo. Se cumplieron mis deseos y tus temores.

Hoy, mientras doblo con esmero mi faja y costal en la soledad de mi habitación, justo antes de partir hacia la Iglesia, te recuerdo con pena y alegría.

Con la pena de quien no podrá ir a verme al paso de la Cofradía. Con la pena de no poder escuchar tus palabras de ánimo pronunciando mi nombre por el respiradero o buscándome por los costeros cuando baje el paso preguntando si voy dentro, sabedor que tus cansados pies habrían esperado durante largo tiempo en una acera el lento discurrir de la Cofradía, mientras que presumes del nieto costalero que ha de venir bajo el paso. Que pregonas a los cuatro vientos que fuiste mi primer capataz. Hoy, que el niño que jugaba a ser costalero en los pasillos de tu casa es un hombre, porque aquí en Sevilla, uno es hombre cuando sale de costalero y presume de gallardía y de entrega bajo la trabajadera, hoy tengo la pena de no escuchar tus palmas a mi paso, de no poder darle al paso “un arreón para arriba”, para que veas que el paso no me puede la “pelea” y que voy entero.

Pero tengo la alegría de saber que estás ahí arriba, estaréis orgullosos todos los abuelos y los costaleros antepasados que ocuparon los sitios que ocupamos hoy, y tengo la alegría de poderte dedicar las mejores levantás que un hombre puede dar. Las levantás a aquél que me entregó el amor más puro. Y hoy, que no te duelan las piernas, ni la espalda, ni te pesen los años. Hoy, el esfuerzo lo hago yo por ti, porque no sé cómo agradecerte que fueses mi primer capataz y que siempre confiaras en mi. Porque cuando el peso de la vida de mi niñez y adolescencia me empujaba para abajo, jamás había nada que no se pudiese superar con tu inagotable optimismo, cuando sentía que la chicotá me iba pudiendo y me iba hundiendo poco a poco, siempre estabas ahí para animarme desde el costero y hacerme sacar fuerzas de donde ni yo mismo sabía que tenía.

Levanta fuerte conmigo esta noche hermano,
mete bien los riñones y quédate arriba al golpe del martillo,
que esta levantá va por los abuelos,
los hombres cabales de antaño que marcaron nuestro camino.

BENDITOS ENCUENTROS.

¿No puedes dormir costalero? Mañana es el gran día y te cuesta conciliar el sueño, la ropa en la silla preparada y el cosquilleo en el estómago.

Sales de tu casa, y te sientes observado por los cofrades y devotos al pasar por delante de ellos, que incluso te desean la mejor de las suertes en la dura faena que ha de venir. Notas en sus miradas la admiración, la expectativa, hasta compasión por las largas horas que te quedan de trabajo ahí debajo. Y sabes perfectamente si te mira una madre, que te mira como miran las madres a sus hijos cuando saben que van a sufrir, sufriendo ellas más que el propio hijo. Si te mira el ilusionado niño que te observa como espejo donde se ve reflejado con 15 años más y vestido como tú. Si es un costalero viejo que te desea fuerza, o incluso cuando cruzas la mirada con un costalero de otra hermandad, que se dirige a su iglesia, esa mirada de ánimo y oficio que sólo nosotros los costaleros sabemos lo que significa, donde se mezcla el orgullo y el saber que somos peones de Cristo, los dos sabéis que dependerá de vosotros que se cumpla la Sagrada Misión de nuestras Cofradías evangelizando y llevando a Sevilla a Cristo.

Tenemos la suerte de llegar antes que el resto de los hermanos de la cofradía. Vivimos la quietud de la Iglesia con las puertas cerradas, la tranquilidad del barrio que aún no ha venido.

Los costaleros de San Esteban hacen la última igualá en la Casa de Pilatos. Vistiéndote costalero en las caballerizas, observas el imponente palacio y de repente, los tambores retumban en el interior acelerando el ritmo de tu agitado corazón; la banda está llegando y ahora toca trabajar. La última igualá, te fajas con paciencia mientras que buscas a ese amigo fiel que siempre te tira de la ropa y goza de tu confianza plena para que la ropa baje hasta el trabajo, perfecta y sin arrugas, medalla al pantalón y el pecho lleno de promesas.

Ya vestidos y concienzados para la faena, las cuadrillas se dirigen a la Iglesia...

Avanzas junto al grupo de costaleros con dificultad. Los tramos de nazarenos se van formando en las inmediaciones de la Iglesia y pasar entre ellos es cada vez más difícil. Entras en la iglesia, despacio, con cuidado de que no se te mueva la ropa. Y de repente, entre capirotes e insignias, entre cientos de nazarenos que se agolpan esperando a que la Cruz guíe su Estación de Penitencia, cruzas la mirada con Él. Tímidamente, te vas acercando al paso y cuando alzas la mirada, Él te está observando. Te mira y hace que te tiemblen todos los músculos del cuerpo sintiendo los repelucos del alma. No hay nadie más en la Iglesia, cientos de personas alrededor pero estáis únicamente los dos.

Está ahí, sentado, burlado y coronado de espinas, con una caña por cetro en la mano, con la clámide o túnica que le pusieron simulando la capa de rey... ¿No eres Tú el rey de los Judíos?, le dice el centurión romano al tiempo que se mofan todos de El.

Esa mirada penetrante entre los dos es intensa, de respeto, de amor mutuo, y se provoca un diálogo íntimo entre Jesús y el costalero.

No puedes evitar pensar en su tormento, en lo que debió pasar ahí, golpeado una y otra vez, ensangrentado y dolorido, sin opción a la retirada, con la convicción firme de asumir su misión, a lo que fue enviado por Su Padre.

Él, encima del paso, preparado en su altar para ser presentado a Su pueblo, y tú, a ras de suelo, con una simple camiseta y un costal, con la humildad y el sacrificio que tienen que tener los hombres de Dios.

De repente, sientes un arrebato de amor y comprensión hacia Jesús, de protección. Si hubieses estado dos mil años atrás en Jerusalén, hubieras recibido el mismo martirio sin dudar. Eres un soldado fiel de Cristo y tu fe crece y crece, sientes la plenitud de la fe. Sabes que tendrás a Jesús muy cerca durante horas y eso te hace sentirlo dentro.

Lo miras y le hablas, observas al centurión que lo vigila y atosiga y desde lo más profundo del corazón le dices:

Señor, déjame que te ayude, déjame compartir Tu castigo.
Dame esa caña, porque esa caña que llevas en las manos
habrá de servirme
para encender los faroles y candiles
que alumbrarán mi camino en la vida.
En cada levantá, pensaré que te quito espina por espina de tu corona,
pues sólo los hombres tenemos la culpa de tu Calvario.
Déjame recoger las lágrimas de tu rostro
Guardando el manantial eterno de amor
donde hemos de beber los hombres para calmar la sed del alma,
y con tu clámide, me haré el mejor costal que costalero pueda llevar.

Pero los dos sabemos que no puede ser, me has traído hoy aquí como tu cirineo para presentarte a Sevilla.

Y entre los encuentros que tendrás con Tu pueblo, estará el recién estrenado padre que le explicará a su preguntoncillo niño por qué estás llorando, por qué te vigila el centurión y por qué tienes sangre en el cuerpo, ¡Mira hijo a Cristo! le dirá. Murió por nosotros, por el perdón de los pecados, porque hay que ser bueno, portarse bien con papá y mamá, con los abuelos, los hermanos y profesores..., porque el Señor te estará mirando aunque creas que estás solo y nadie te ve, ¡lánzale un besito!.

Y el niño empezará a descubrir su fe, su sevillanía le hará presumir de cristiano el día de mañana, y cuando el niño preguntón sea hombre y esté bajo la trabajadera como hoy lo estás tú, costalero, recordará la esquina donde su padre le contaba quien era Cristo, su Iglesia, qué hacemos, como transmitimos la fe generación tras generación, y espigará su cuerpo bajo la trabajadera pensando en ese momento y sintiéndose en los brazos de su padre, como lo haces tú hoy cuando pasas por la esquina donde tu padre te introducía en la Fe de Cristo.

Que no se rompa la tradición costalero, cuando veas a un niño en brazos de su padre mirando absorto el paso y fije en ti su mirada mientras sales por un costero en el relevo, aunque estés fatigado, dedícale la mayor

de las sonrisas porque entre todos tenemos que cuidar al niño de hoy, pues será el hombre de mañana.

Llevarás costalero a Jesús al encuentro con el adolescente. Juventud, divino tesoro... Estará seguro en la gran encrucijada de las decisiones importantes de su vida, ¿qué estudiar?, ¿qué amor elegir?, o quizás sin idea cierta sobre su futuro inmediato en la difícil edad de elegir tantas y tantas cosas.

Mírate costalero hace unos años y piensa que sigues siendo ese adolescente que puedes ver a contraluz a través del respiradero, jamás es tarde para emprender un nuevo rumbo si no encuentras la senda apropiada.

Que cada golpe de martillo sea el compás de la nueva etapa. El pequeño empujón para seguir esforzándote y aprobar esas asignaturas atravesadas, o esa pequeña ayuda que necesitas para seguir progresando en tu día a día o para encontrar ese trabajo que se te resiste.

Porque igual que no hay dos chicotás similares, no hay dos días iguales en la vida. Toma cada mañana como te preparas en cada levantá: concéntrate al golpe de martillo cuando suene tu despertador, acomoda la ropa a la trabajadera, mete bien los riñones y levanta fuerte y sin miedo. Que esta bendita fórmula sea tu día a día, joven costalero. Con empeño y la fe en tu Cristo, el éxito está asegurado.

Llevarás a la Virgen, costalero, al encuentro con el sabio anciano. A ti, costalero de palio, al irte alejando con Ella al compás de tintineo de varales, cuando tus pies y la marcha sean sólo uno, y el anciano con sus manos entrecruzadas y musitando sus labios vea alejarse el palio en la estrechez de la calle, volverá a renacer el amor en su maduro corazón.

No corras costalero, reposa el izquierdo en el bombo y deja que sueñe el anciano. Lo hará con su niñez, con su adolescencia y las primeras miradas furtivas a sus amores más puros. El anciano es hoy niño y repasará

la cofradía de su vida al ver alejarse a la Virgen con la marcha que se convierte en melodía de su existencia. Y tú, costalero, valiente costalero de palio, cuando escuches el temido platillo de la banda, ese platillo que anuncia 6 minutos de dura marcha de palio. Recuerda que serán 6 minutos de recuerdo de una vida entera de aquél que espera a su madre, porque: ¿quién no comienza los recuerdos de una vida sin ser su madre la primera persona que aparece en su memoria?. El anciano aprovechará para ponerse en paz con Dios. No tengas prisa y dale tiempo costalero, el tiempo que tus mayores te han dedicado y que ahora generosamente les devuelves.

Serás testigo bajo la trabajadera, costalero, del diálogo entre dos madres. Como le rezará a la Virgen desde una acera una madre por sus hijos. Será el diálogo más puro que escucharás jamás, porque amor mayor que el de una madre no existe. Piensa en la tuya y te llevará a la Santísima Virgen. Tu madre hoy es esa Virgen dolorida y enferma de dolor por la Pasión de Su Hijo, porque, ¿cuántas veces no has visto a tu invencible madre enferma y has tenido el más puro sentido de fe y generosidad de quien te ha dado la vida?, la observas en la ilusionante cama donde saltabas en tu niñez los domingos por la mañana entre tus padres, y que hoy se ha convertido en la triste cama que recoge enferma a tu madre, la miras y te cambiarías por ella sin dudarlo.

Todo lo malo de tu casa lo quieres levantar con chicotás de valiente costalero.

También llevarás a Dios a esa calle donde el eco del pasado Martes Santo no encuentra a la persona que rezaba justo un año antes.

El hospital, ese siempre poblado hospital lleno de televisores que acercan la Semana Santa a los que no pueden venir, ¿cuántas veces no has ido costalero a ver a algún familiar o amigo y has podido ver encima de los fluorescentes de las cabeceras de las camas la estampa de tu Cristo o Virgen velando por el enfermo? .

Hoy, tú no lo sabrás, pero seguro que hay hermanos nuestros que no pueden salir en la cofradía, que no podrán estar con su cirio; niños, hombres y mujeres que no podrán hacer su Estación de Penitencia, que no podrán contemplar la luz de María bajo su palio, o el Cristo muerto en Su Calvario. Acuérdate de todos aquellos devotos desconocidos, dedícales una levantá de amor desprendido a aquel que no conoces, que sientan el calor y cariño que se desprenden de los faldones de tu paso, y que el año que viene estén de nuevo entre nosotros en las calles de Sevilla.

¿Qué sabe nadie cuando suena el golpe de martillo quien viene a tu mente y te mantiene fresco durante la chicotá?, solo tú sabes por quién estás levantando fuerte cuando la cofradía viene de Catedral para atrás y el paso aprieta. Ahí es cuando se dedican las levantás más duras y te unes con aquellos que amas.

Disfruta la plenitud de la fe generoso costalero, pues jamás conocí a un costalero que pida para él sino para los demás.

DIÁLOGOS CON "JUNCAL".

Hablaba Don José Álvarez Juncal, matador de toros, con su "preocupado" hijo torero en la habitación del hotel justo antes de una corrida del joven matador.

Y entre los consejos que el veterano matador le daba al joven, le hablaba de la muerte en el ruedo, de los aplausos y de la gloria. Como también de los fracasos, los temidos silencios y pitos de la plaza. Pero sobre todo, le hablaba del oficio, de sentirse torero y el instante mágico y privilegiado que tendría si hacía las cosas con criterio y valentía.

El diálogo entre padre e hijo, siempre me inspira en mi quehacer diario, pero sobre todo, lo he usado en la formación que he procurado dar a muchos costaleros que han pasado por mis manos, en la privilegiada situación de contraguía que he ostentado durante años.

Y a muchos costaleros, jóvenes y no tanto, les he visto la cara de "preocupación" de aquel joven matador que se enfrentaba a sus miedos antes de su momento de gloria. Y tomando prestado ese diálogo del gran matador, muchas veces les he dicho:

"A las cosas hay que llamarlas por su nombre, y al miedo se le llama miedo".

Pero no al miedo a no andar bien, o que no le guste el trabajo hecho al exigente cofrade que buscará la excelencia en cada levantá o en cada vuelta del paso.

Miedo a que el paso te doble las piernas, a quedarte sin aire cuando recibas el paso tras la levantá, a no poder cumplir con los hombres de tu cuadrilla. Miedo, a no poder soportar lo que al lado de lo que aguantó Jesús es una minucia.

El costalero es hombre y teme.

Teme costalero teme, que es humano, no sientas vergüenza pues el temor te mantendrá vivo y despierto.

Los dos sabemos, Maestro "Juncal", que es imposible describir la sensación del oficio a alguien que no ha sido costalero. La concentración que hay que tener para no coger ventaja en un zanco esperando el golpe del martillo con los riñones metidos, pero saber que si te "duermes" una milésima de segundo ya no podrás levantar al ritmo de tus compañeros y no podrás ponerte derecho en toda la chicotá.

Pero cuando tienes la ropa perfecta, cuando la levantá es fuerte por igual y puedes recoger los kilos buscando el asiento en la morcilla sin que te "escupa" la trabajadera, cuando puedes encajar bien los kilos y posicionarte, cuando todos los hombres de tu trabajadera van trabajando cómodos y sobre todo, cuando la chicotá tiene la proporción justa, que ninguno de los hombres se tiene que "aliviar" por necesidad sino que todos juntos empujamos sin reservas. Cuando el compás del andar se conjunta en el paso de silencio al sonido del racheo de alpargatas, o con el sonido del bombo descansando en el pie izquierdo. Cuando el silencio de la cuadrilla es sinónimo de esfuerzo callado y anónimo y puedes notar la majestad del Cristo o la suave mecida del Palio que recoge a la Virgen despertando sentimientos desbordantes de fe en las personas que contemplan a Quien llevas arriba, es cuando el sentimiento costalero aflora y te recuerda segundo a segundo por qué estás otro año aquí debajo.

Cómo explicar el calambre que recorre tu espalda al recibir el paso.
Cómo decir que se te cierra la garganta
sin poder casi respirar cuando caen los kilos y
que el aguador no está por la sed
sino por abrir otra vez la garganta y quitar la sequedad.
La sensación de quemazón en el cuello
sin saber si lo mojado es sudor o sangre.
El dolor en la pierna de fijar el costero.
El brazo dormido temiéndote lo peor
evitando toda clase de pensamientos.

El costado dolorido del costalero del zanco
que se apoya en tus riñones con su codo.
Los talones dormidos de ir aguantado los kilos con hombría.
La pelea con tu compañero para coger sitio en la estrecha trabajadera,
el mismo compañero al que cuando ves sufrir
le quitas todos los kilos sin dudar
Y que sabes que hará lo mismo por ti...

Costalero, ¿Cuántas veces no has pensado?:
¡Yo aquí no quepo! ¡Es que no quepo! ¡Aquí no me ven más!.

Pero el año siguiente estás otra vez aquí con tus hermanos. Recordando las chicotás sublimes y la leña de la Catedral. Llevando de nuevo a Cristo y a su Madre a Sevilla y todos nosotros otro año más viejos...

Imagen del pregonero como costalero en el zanco derecho en una mudá
del paso de la Soledad de San Lorenzo.

ASPIRANTE A COSTALERO.

Te veo a ti, aspirante a costalero y me duele la chicotá que no puedes dar, que no puedes sentir porque no vas aquí debajo.

En su día todos hemos sido aspirantes a costalero, afortunadamente nuestros hermanos costaleros lo hicieron bien hace años y su semilla germinó poblando de costaleros la Iglesia.

Sé lo duro que es no poder formar parte de las cuadrillas. Primero acudes a la igualá de tu Hermandad, donde quieres "saldar la deuda de gratitud" con tus Imágenes, a quien te has encomendado miles y miles de veces... Pero no hay suerte y no te escogen. Otro año mas que no pudo ser...

Después te dedicas a ir cofradía por cofradía donde no se exija ser hermano para integrar sus cuadrillas, buscando un hueco que te permita ser costalero, buscando el favor de algún capataz, o lo que es peor, malgastando tiempo con costaleros que se autoproclaman como los que pueden influir sobre el capataz para que entre uno u otro costalero.

Hay algo en la vida de todo costalero que llena de amargura su historia: no sacar su hermandad; aunque haya sacado diez pasos, siempre te dirá que le quedó la suya por sacar, pero que por diferentes motivos no pudo ser, aunque también haya disfrutado las otras que ha sacado.

Es triste y desgarrador ver a multitud de hermanos pidiendo sitio como costaleros y no poder hacer nada para evitar su decepción y sufrimiento, viendo en mil ocasiones a auténticos hombres llorar de desilusión.

No busques el hueco en la taberna, joven hermano costalero, no pierdas el tiempo en ir detrás de capataces mediocres o detrás de grupos de costaleros influyentes que inclinan la balanza para que entren unos u otros, haciendo de la trabajadera su pequeña parcela de poder donde se sienten fuertes y pueden dominar hasta los relevos de los costaleros ninguneando al capataz.

Recuerda que la Hermandad es Iglesia, y es por aquí por donde hay que empezar. Ve durante el año por la Casa de Hermandad, intégrate en la cuadrilla de la cofradía en cualquier comisión. En la cuadrilla de la caridad, en la cuadrilla de la formación de catequesis a los niños, en la cuadrilla del economato de ayuda a los más desfavorecidos, en la cuadrilla de priostía montando y desmontando altares y pasos, en la cuadrilla de los que van a ver a las personas mayores de la feligresía que poco o nada salen de sus casas, y ven pasar tristemente el final de sus vidas sin recibir visitas muchas veces ni de sus propias familias; dales una chicotá de compañía y amor a los mayores que tanto han peleado por nosotros, únete a la cuadrilla de los voluntarios, que esas son las chicotás más duras, las más placenteras y las más necesarias.

Hoy, en Sevilla, tenemos que soportar a muchos capataces y costaleros que creen que sin ellos no saldrían los pasos, de actitudes indecorosas y lejanas al mensaje de Cristo y la sagrada misión de las Hermandes y Cofradías.

Se autoproclaman portadores de una tradición inventada que realmente ni existió y que por supuesto no existe, y donde rara es la vez que puedes verlos en la Iglesia o en labor social, pues muchos dicen ser ateos pero que les gusta el "mundillo de los costaleros".

Hermano aspirante a Costalero, aunque saques otras cofradías, no te desanimes y ve a tu Hermandad, colabora en lo que puedas, llegado el día ve a la igualá, quédate en el ensayo y acude a las reuniones de la cuadrilla que como hermano tienes todo el derecho a ir. Preséntate los capataces con disposición de trabajar y por derecho. Mézclate con los costaleros humildes y pégate a los capataces con criterio de los que puedas nutrirte y aprender, y sobre todo, si llegado el día no puedes ser hermano costalero de tu cofradía, tendrás el orgullo de ser costalero de Testimonio, de Fe y Verdad, porque vas a ayudar con el costal del alma cristiana.

Que no te apene coger la túnica de nazareno en vez del costal en tu hermandad, que no salgan lágrimas por los ojales del antifaz del capirote cuando veas pasar a los costaleros camino del relevo, porque os llevamos con nosotros debajo.

Y cuando te pregunten si eres costalero de tu cofradía responde que sí, pero un sí rotundo, eres costalero de la cuadrilla de la Iglesia. Y el día que El, o Ella quiera, los llevarás con la satisfacción del deber cumplido, con la satisfacción de llenar de sentido cristiano tu Estación de Penitencia porque las chicotás hay que darlas no solo debajo del paso.

LA ÚLTIMA CHICOTÁ.

Señor, dame fuerzas y no me dejes solo aquí debajo. Yo prometo ser honrado conmigo, con mis hermanos costaleros y sobre todo Contigo. La primera chicotá sabes que irá por Ti, pero te pido permiso para dedicar cada levantá y cada chicotá a todas aquellas personas que quiero y que al igual que todos, también necesitan de Tu luz.

Esta noche de Cuaresma, mis palabras recogen los sentimientos que se viven de faldón para adentro, mis palabras toman la forma del corazón de cada costalero y pregonan lo que sentimos debajo de los pasos.

Verdades que durante el año no somos capaces de decirle a la cara a nuestros seres queridos cuando no llevamos el costal puesto.

Empezando por las madres, que sin duda serán la mayores sufridoras y que al instante de levantar y recibir el paso en el cuello, escucharán el quejido de lamento de la cuadrilla al recibir los kilos, y sentirán el esfuerzo como un escalofrío que recorra toda su alma recordando el día que alumbró a su hijo hasta hoy, que ve a su costalero hecho un hombre y defensor de la fe de Cristo.

A los padres, que verán como la hombría de su estirpe garantiza la fe de los suyos y sentirán los años pasados de juventud.

Si tuvieran treinta años menos estarían con nosotros aquí debajo codo con codo, intentando quitar todos los kilos de sus hijos y llevándoselos él, porque, ¿qué padre no quiere llevarse todos los kilos de las duras chicotás de la vida de sus hijos?.

Pero hoy, aprovecho para pregonar que pensamos en los padres cuando metemos los riñones bajo la trabajadera justo antes de levantar, y que nuestros riñones serán los de los padres con esos treinta años menos, serán los riñones que habéis metido a lo largo de vuestra vida en las duras chicotás de la familia para levantarnos a todos a fuerza de golpes de horas de trabajo y esfuerzo.

Mi chicotá va para todas nuestras mujeres e hijos, pero permítanme por favor, la humilde licencia de dedicar mi mejor chicotá a mi mujer y mi hija, que siempre sientan que estoy ahí, vigilante de la Cofradía de la Familia, la familia auténtica de fe cristiana y sentido profundo, con una incipiente niña que hemos de procurar que se críe en la fe de Cristo, marcando el compás de integración en la Iglesia.

Y mi última chicotá, para mi amada abuela María, la gran mujer de mi primer capataz y el gran pilar de dulzura y generosidad de mi vida, la costurera que gentilmente me cedía su tabla de patronaje de costura tapada con una sábana con el que hacía el costalero por los pasillos de la siempre cálida casa de los abuelos.

Esta noche no es para capataces ni contraguías, mi pregón recoge el eco del esfuerzo de los hombres que acercan al pueblo la Pasión de Cristo para perpetuar el Mensaje, que acercan al pueblo el sentir de la Madre que asumió el más duro papel que una madre puede asumir con el fin sabido de su hijo.

Mis humildes palabras pretenden ensalzar la figura del siempre esforzado costalero, la grandeza del corazón de los costaleros que a lo largo de los siglos han transmitido el conocimiento que hoy recogemos y que trataremos de transmitir a los costaleros venideros.

Dime costalero, ¿estás dispuesto a llevar con tu esfuerzo a Sevilla al Hijo de Dios y a su Madre?.

Hoy mis versos van para ti, recibe el más sincero abrazo, fuerza y oficio.

Costalero, siempre por ti, costalero.

He dicho.

RELACIÓN DE PREGONEROS DEL COSTALERO DE LA HERMANDAD DE SAN ESTEBAN.

1981 Antonio Sierra Escobar
1982 Antonio Fernández Montes
1983 José Luis Rocha Maqueda
1984 Alfredo Flores Pérez
1985 Manuel Fernández-Campos Bará
1986 Francisco Ruiz Berraquero
1987 José Díaz Seijo
1988 Antonio Moreno Andrade
1989 Alfonso Garrido Ávila
1990 Ignacio Montaño Jiménez
1991 Francisco José Vázquez Perea
1992 José Luis Ortiz Nuevo
1993 Antonio Silva de Pablos
1994 Manuel Fernández Floranes
1995 José Vázquez Ruiz
1996 Aurelio Verde Carmona
1997 José Mª Javierre Ortás
1998 Carlos Herrera Crusset
1999 Manuel Lozano Hernández
2000 Pascual González Moreno
2001 Amalia Gómez Gómez
2002 Antonio García Barbeito
2003 Manuel Ramírez Fernández de Córdoba
2004 Antonio Martín Iglesias
2005 Juan Miguel Vega Leal
2006 Antonio Santiago Muñoz
2007 Salvador Távora Triano
2008 Maruja Vilches Trujillo
2009 Abel González Canalejo
2010 Antonio F. Bellido Navarro
2011 Alfredo Torres Curiel
2012 Rafael Peralta Revuelta
2013 Manuel Domínguez del Barco
2014 Javier Jaenes Pizarro

Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, María Santísima Madre de los Desamparados, San Juan de Ribera y Protomártir San Esteban.